

Tamara y Vladimiro contra los invasores

Roy Berocay

loqueleg

Prólogo

Si esa tarde alguien miraba hacia arriba, podía ver varias cosas: nubes y nubes y nubes... Bueno, estaba nublado así que, en realidad, no se podía ver gran cosa. Pero ¿por qué estamos hablando del clima? Fácil, se habla del clima cuando a uno no se le ocurre de qué hablar.

Como cuando alguien está en un ascensor con otra persona bajando cuarenta y nueve pisos y uno dice: “Lindo día” y el otro o la otra responde: “Ajá”.

Eso si son sólo dos personas, claro. Si en un ascensor hay tres o más personas bajando cuarenta y nueve pisos nadie se siente obligado a hablar. Pero ¿por qué estamos

hablando de ascensores? O descensores en este caso, ya que está bajando cuarenta y nueve pisos y no subiendo. Bueno, se habla de ascensores cuando a uno no se le ocurre de qué hablar.

8 Pero debe haber una razón por la cual no se nos ocurre de qué hablar. Y vean que dije “nos”, como si esto lo estuvieran escribiendo varias personas. No, no se me dañó el coco y de pronto tengo varias personalidades. Es sólo que este libro arrancó así, medio sin avisar, y por más que busqué por todas partes, no encontré al sapo Ruperto y me sentí medio perdido y solo. Por eso hablé en plural, para no sentirme así, perdido y solo en este mundo, abandonadooooo (perdón, esa era la letra de una canción muy famosa hace chiquiticientos años).

¿Y dónde estará Ruperto?

Eso, ¿dónde estará? Si lo ven por favor le avisan que tenemos un libro que empezar

y eso es medio difícil si no está el protagonista, el héroe, el número uno, el batracio detective más genial e importante del universo universal y otros barrios.

Así que mientras Ruperto no aparece, me voy a sentar un ratito acá, en la rambla del arroyo Solís Chico, a ver cómo pasa el agua hacia el mar (que es para el lado de allá).

9

No hay gente bañándose porque está nublado y está fresco. Tampoco hay gente haciendo eso de remontarse en unas cometas grandotas, porque bueno, no hay viento.

Mirando hacia la orilla veo cosas que se mueven. Uno, dos, tres, cuatro... no sé, de pronto empiezan a salir del agua una pila de cangrejos. Salen apurados, caminando rapidito y de costado, con sus pinzas levantadas como prontas para pelear o algo. Pero me doy cuenta de que parecen asustados.

Sí, no duden de mi palabra. ¿Acaso ustedes saben cómo es la cara de un cangrejo asustado? ¿Alguna vez vieron uno? ¿No vieron? Bueno, entonces no molesten.

10 El grupo de cangrejos asustados se metió entre los juncos. Casi en seguida otro grupito y luego otro. Era como si todos los cangrejos del arroyo huyeran de algo.

Miré hacia el agua. Estaba marrón, así que no se podía ver nada. Pero casi podía sentir que algo andaba mal, y no era yo. Yo andaba fenómeno.

Miré con más atención a ver si lograba captar algo. Cada tanto, cerca de la otra orilla, aparecía volando una gaviota. Aquí y allá saltaba algún pez. Y nada más.

Estuve un rato largo, hasta que empezó a hacer frío y me dio hambre. Recordé que ahí nomás había un puesto de tortas fritas, así que me levanté y decidí

alimentarme con un cacho de harina y grasa, algo bien saludable.

Pero mientras masticaba la torta frita y la grasa se abría paso hacia mi estómago y después hacia mis venas, no podía dejar de pensar en los cangrejos.

¿Qué estaría pasando en el arroyo? ¿De qué escapaban los cangrejos asustados? Y lo más importante: ¿dónde cuernos estaba Ruperto?

11

Me volví a casa sin poder empezar el libro. En fin, tendría que esperar que volviera el sapo malagradecido ese.